



ALFREDO R. PLACENCIA
POESÍA COMPLETA

COMPILACIÓN Y PRÓLOGO DE ERNESTO FLORES



POESÍA COMPLETA

Poesía completa

ALFREDO R. PLACENCIA

Prólogo de
ERNESTO FLORES



Primera edición, 2011

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Placencia, Alfredo R.

Poesía completa / Alfredo R. Placencia ; pról. de Ernesto Flores — México : FCE, Conaculta, 2011

643 p. ; 23 × 15 cm — (Colec. Poesía)

ISBN 978-607-16-0624-2

1. Poesía mexicana 2. Literatura mexicana — Siglo xx I. Flores, Ernesto, pról. II. Ser III. t.

LC PQ7297

Dewey M861 P625p

Distribución mundial

Diseño de interiores y portada: León Muñoz Santini

Este libro fue publicado con el apoyo
de la Dirección General de Publicaciones de Conaculta



D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0624-2 (rústico)
ISBN 978-607-16-4745-0 (electrónico-pdf)
ISBN 978-607-16-1259-5 (electrónico-epub)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

PRÓLOGO	
<i>Para una resurrección de Alfredo R. Placencia, por Ernesto Flores</i>	9
<i>El libro de Dios [1924]</i>	153
<i>El paso del dolor [1924]</i>	207
<i>Del cuartel y del claustro [1924]</i>	261
<i>El vino de las cumbres [Póstumo, 1959]</i>	295
<i>La franca inmensidad [Póstumo, 1959]</i>	349
<i>El padre Luis [Póstumo, 1959]</i>	397

<i>Varones claros</i>	
[Póstumo, 1959]	459
<i>Tumbas y estrellas</i>	
[Póstumo, 1959]	503
<i>La oración de la Patria</i>	
[Póstumo, 1959]	537
<i>Bienaventuranzas</i>	
[Póstumo, 2001]	581
<i>Índice</i>	629

Prólogo

PARA UNA RESURRECCIÓN
DE ALFREDO R. PLACENCIA

ERNESTO FLORES

*Al licenciado Jorge Romero Orozco,
adjunto imprescindible en esta investigación*

*A María Luisa y Cuauhtémoc Vite,
a quienes debo el rescate de esta obra olvidada*

PRIMERA PARTE UN ROSTRO

Yo descendí hasta el alma de la noche
y en sus abismos me senté; aquí estoy.

Cuántos rostros. Unos delicados, con el colorido de los personajes botticellianos; otros fuertes, en mármoles, pertenecientes a los gladiadores romanos; o aquéllos, en piedra porosa, de los rígidos santos medievales. El rostro indiferente del doctor Gachet pintado por Van Gogh. Los rostros musculares e inexpresivos de los deportistas olímpicos. El rostro infantil del Senecio de Paul Klee. Rostros que son o que quieren ser o que fueron.

Cada rostro como una cera en que se marcó todo. Como un espejo que conservara todas las imágenes que reflejó. Como un ser que después de miles de metempsicosis conservara todas las vidas anteriores. Rostros de líneas o de texturas, rostros de expresiones o hermetismos. Se acumulan en cada vida, se arraciman, como cosas que nos pertenecieron o pasaron ajenas frente a nuestra ventana.

Un rostro, presionado entre unos y otros, lo tengo ahora en un viejo retrato que parece cada vez el de una persona distinta; un rostro en reposo que siempre nos confiesa, sin embargo, una vida dura e injusta. Es Alfredo R. Placencia, poeta y sacerdote.

Al fondo de este rostro pudo haber paisajes áridos y peñas como en los cuadros de Leonardo da Vinci. Este rostro pudo haber estado rodeado por los feligreses y por el rostro frío del arzobispo que aparecen en el políptico de San Vicente pintado por Nuno Gonçalves. Pero no. El fondo es oscuro y plano y hace resaltar el rostro inmóvil como el de un estofado de iglesia provincial.

El bozo redondeado y el pelo gris contrastan con el aspecto general de juventud. La boca gruesa acentúa la redondez de las líneas. El rostro en óvalo se inclina ligeramente hacia la derecha, como dejándose llevar por el peso de una idea. El rostro no registra

ningún destello en esos ojos apagados, de una tristeza incomparable, que no han perdido totalmente la firmeza, la confianza, la ilusión... Luego, ninguna otra línea se salva de la indiferencia en que él cayó. Acaso un rasgo voluntarioso en la boca y otro desvanecido en una sombra que pierde los extremos internos de las cejas gruesas y negras.

Nada parece interesarle ya, de su rededor, al hombre del retrato. Los ojos parecen ya no ver, carecen de fijeza. En esta imagen ya no es evidente la ternura del poeta, ni la lucha religiosa del sacerdote, ni la grandeza de espíritu del hombre. En cambio, sí, los vestigios de un aislamiento prolongado, lo mortecino de quien recibió el doble de los golpes necesarios para acabarlo.

EL HOMBRE DEL RETRATO

¡Oh Dios! ¡qué cosa difícil es ésta de creer!...

Transcurrió la vida de Placencia por poblaciones de Jalisco y Zacatecas: Nochistlán, San Pedro Apulco, Bolaños, San Gaspar de Jalostotitlán, Amatitán, Ocotlán, Temaca, Portezuelo, Jamay, Salto de Juanaacatlán, Acatic, Tonalá, San Juan de los Lagos y Valle de Guadalupe... La pobreza de Placencia fue creciendo y su soledad aumentó con la muerte de los pocos parientes y hasta la de sus perros domésticos, a los que amaba como a seres humanos.

En 1924 publicó en España *El libro de Dios*, *El paso del dolor* y *Del cuartel y del claustro*. (En este tiempo la máxima autoridad eclesiástica en la zona en que ejercía Placencia era monseñor Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, y se aproximaba ya el conflicto religioso entre la Iglesia y el presidente Plutarco Elías Calles.)

De niño, Alfredo Placencia vendió periódicos para sufragarse sus estudios. Después de muchas penalidades logró ordenarse en 1899. También sufrió el destierro en los Estados Unidos (1923) y en República de El Salvador (1928). Finalmente volvió a San Pedro Tlaquepaque y Guadalajara, en donde murió en 1930.

En 1946 la Universidad Nacional Autónoma de México publicó una antología de poemas de Placencia, prologada por Gutiérrez Hermosillo: un ensayo valioso pero plagado de inexactitudes. Entre otras, fija una fecha de nacimiento equivocada, pues el poeta nació en 1875 y no en 1873, como se afirma en el prólogo. Habla de un viaje a Sudamérica en donde Placencia jamás estuvo. Menciona su relación con el poeta cuando éste frisaba los sesenta años, es decir cinco después de su muerte. Lo llama Alfredo Román y no Ramón, como se llamaba su padre, de quien adoptó la inicial.

En 1959 se publica la poesía de Placencia, que reunió el licenciado Luis Vázquez Correa, estudioso del poeta. En ese mismo año, durante el gobierno de don Agustín Yáñez, se inhumaron los restos de Alfredo R. Placencia en la Rotonda de los Hombres Ilustres del estado de Jalisco.

PLACENCIA Y LA INSOLENCIA GENIAL

En 1924 apareció en Barcelona el primer recuento poético de Alfredo R. Placencia. Su título, *El libro de Dios*, más que valiente, en ese tiempo se convirtió en desafío. Aquél era uno de esos momentos en que la inminencia de la persecución religiosa todo lo agravaba y era origen de paranoias. En este volumen está uno de los poemas representativos de Placencia: “Abre bien las compuertas”. En textos de la última década de su vida, salen a la superficie poderosas influencias bíblicas, sobre todo del Libro de Job. Fue cuando la pobreza lo había obligado a vender, uno a uno, los volúmenes profanos de su librero, exiguo viajero que recorría todos los pueblos a donde lo condujeron sus destinos sacerdotales. Al fin, el único libro que lo siguió, el obligado profesionalmente, la Biblia, se volvió su raíz poética.

“Abre bien las compuertas” combina dieciocho versos alejandrinos, cinco heptasílabos y un pentasílabo, distribuidos en tres cuartetos, dos quintetos y un dístico. Tenemos entonces presente

que el alma del autor es una roca, cerrada por las compuertas del llanto que purgaría el delito y que impide lavatorio y expiación. Placencia habla para sí y, encerrado, el delito brumoso queda inalcanzable a su lector. No pocas veces la ruptura de la piedra por la presión del agua, pese a explicaciones de la física, cobró impresiones de milagro. Aquí, proyectado en el plano espiritual, cobra una fuerza insospechada. Recordemos el parentesco del salmo 78, versículos 16 y 20: “Pues sacó de la peña corrientes, e hizo descender aguas como ríos...” y “De aquí ha herido la peña, y brotaron aguas”.

Al expresar así la lucha de roca y agua, de lágrimas liberadas por el Señor, Placencia, para establecer el enfrentamiento de hombre y divinidad, se materializa en un autorretrato, espejo roto en cuatro fragmentos: soy Tomás, soy Simón Pedro, Dimas soy y soy Zaqueo. Aclarémoslo: soy el incrédulo (Tomás), el que traiciona por cobardía (Pedro), el ladrón (Dimas) y (Zaqueo) el defraudador. Los dos últimos son en alguna forma equivalentes. Placencia se denigra sin temor (actitud opuesta a la del fariseo que abunda en su medio social). Nunca encontré retrato moral con tan recia capacidad de síntesis: especie de pirámide triangular con su polígono básico (Pedro, la piedra) y tres caras (Tomás, Dimas y Zaqueo) dirigidas hacia el vértice teológico. Entregado al enfrentamiento de agua-lágrimas y roca-alma, y creado el hombre autobiográfico del retrato, viene reclamación y exigencia:

“Tocad, que si tocareis, se os abrirá”, dijiste.

Por eso llego y toco,

y tus misericordias seculares invoco.

Señor: cúmpleme ahora lo que me prometiste.

Es otra vez la presencia de la Biblia, ahora el “Llamad y se os abrirá” del Evangelio de San Mateo 7:7; el “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; tocad y se os abrirá” del de San Lucas 11:9; y el “Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios”, del salmo 69:3.

La solicitud en Placencia se matiza con la insolencia genial de otros poemas:

¿Piensas poder más Tú...? Te desafío.
[“Lucha divina”]

Así te ves mejor, crucificado.
[...]
Quien acertó a ponerte en ese estado
no hizo cosa mejor. Que así te quedes.

Dices que quien tal hizo estaba ciego.
No lo digas; eso es un desatino.
[...]
¡Qué maldad, ni qué error, ni qué ceguera...!
Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.
[“Ciego Dios”]

Jamás hubo tal contundencia en un poeta al dirigirse a Dios, nunca tanta valentía ni parecida ternura. Porque estas disputas entre tierra y cielo en Placencia fueron siempre plenas de humanidad y magníficamente resueltas:

lucha conmigo, vénceme en la lucha
y a Ti no más te ame, Jesús mío.
[“Lucha divina”]

Aquí el poeta desafía a Dios mismo a que acabe con su amor a Él, y Placencia se juzga asombrosamente seguro de que Dios será incapaz de vencerlo. O este otro desenlace poético:

Si es tan sólo el amor quien te ha cegado,
ciégume a mí también, quiero estar ciego.
[“Ciego Dios”]

en el que, consciente de la conmovedora equivocación de Dios, equivocación por amor, quiere seguirlo en el acto amoroso de equivocarse.

La quinta estrofa de “Abre bien las compuertas” recapitula y el tono, habitual en algunos finales de este autor, es dócil y pleno:

Alza bien las compuertas, Señor; lo necesito.

Y reitera en su ruego tres versos después:

Abre bien las compuertas

que nos regresa al salmo 24:

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
y alzaos vosotras, puertas eternas,
y entrará el Rey de gloria.
¿Quién es este Rey de gloria?
Jehová el fuerte y el valiente,
Jehová, el poderoso en la batalla.

Placencia cierra circularmente su poema con una confianza total:

El hilillo de agua, rompedizo y ligero,
¿cuándo no dio en la peña con algún lloradero...?

y hay un abandono del plano real de alma y lágrimas, para elegir el limpio plano metafórico de piedra y agua.

PLACENCIA EN JALOSTOTITLÁN

Era el granado aquel viejo ya entonces.
¿Qué mano lo plantó...? Todos lo ignoran.
Fue siempre ese un misterio
que, como tal, perdióse entre la sombra.

Y las granadas verdes todavía
por agosto y septiembre abren las bocas
y le muestran al sol, de quien se prendan,
las dentaduras jóvenes y rojas.

“El granado”

Estamos ahora en Jalostotitlán, Jalisco, pueblo donde nació el poeta. El primer sitio por visitar es la notaría, anexa de la Parroquia. En ella encontramos el acta de bautismo de Placencia, la cual aclara su fecha de nacimiento, ya que en varias publicaciones se ha dado equivocadamente como año el de 1873. A continuación transcribo el acta de bautismo:

En la iglesia parroquial de Jalos, a 17 de septiembre de 1875.

Yo, el presbítero Maximiano Villaseñor, de Licentia Párochi bauticé solemnemente, puse los santos óleos y sagrado crisma a Alfredo, nacido el 15 del actual a las 2 de la mañana en este lugar, hijo legítimo de Ramón Placencia y Encarnación Jáuregui

Al salir de la notaría, nos dirigimos al asilo de ancianos, situado en la parte alta de la población. La calle sube en forma violenta. Cuando llegamos al asilo se nos informa que la persona a quien buscamos, doña Sixta Aquino, murió hace unos cuantos meses. Doña Sixta fue la esposa de don Bartolo Casillas, a quien el poeta Placencia recuerda en “El buen Bartolo”, en el que también realiza un breve retrato de sus dos hermanos en su propia casa. En el texto, Bartolo cose siempre, desde el amanecer hasta la muerte. Pero nada

queda de doña Sixta Aquino. Ni sus papeles, ni siquiera sus muebles. Y por nuestra lamentable tardanza nos perdemos la oportunidad de hablar con esta mujer tan estimada en casa de los Placencia.

Llegamos al punto de partida en la existencia de Alfredo R. Placencia: su casa natal. Afuera hay una placa conmemorativa: “Casa donde nació el eximio poeta padre Alfredo R. Placencia 1875-1930”.

Entramos a la casa, que es antigua y pequeña. Han sido contruidos muros que cercan el terreno que vendió hace bastantes años la familia Rodríguez. Una señora, que hoy habita la casa, me informa que cuando vivieron los Placencia sólo había dos habitaciones: una grande y otra muy pequeña. Como ya vimos, Placencia alude así a la habitación mayor que todavía existe:

... La misma pieza,
que a la vez es dormitorio y es cocina y es taller...

La actual habitante de la casa nos dice que vive aún la hija de los señores Rodríguez, quienes fueron dueños de la casa cuando nació Placencia. Pero la señorita Alejandra Rodríguez Reynoso volverá de misa una hora después. Le pido a la señora de la casa que nos permita quedarnos un momento y ella accede gentilmente. Busco dentro de la propiedad el viejo granado que Placencia menciona en sus poemas, pero no lo hay. Me informan que cortaron el árbol y que éste se ha negado a morir del todo. Una señora me informa:

“El granado estaba ahí, donde ahora está encementado. ¡Y viera usted cómo se ha resistido! Van dos o tres veces que revienta el cemento”.

El resto de la construcción es reciente. Hay nuevas habitaciones. Los muros que la rodean fueron contruidos por el nuevo dueño. Hay un portalito cuarteado; nadie diría hoy que la casita fue antes una parte de un potrero en las orillas de la ciudad.

Alejandra Rodríguez

Mis papás fueron los dueños de esta casita cuando nació Alfredo. Uh, hubo un temblor y salió toda la gente a la calle. Decían, mi mamá y la mamá del padre, que se llamaba Chonita: “El niño de adentro”. Se asomaban y, mire, bien que se mecía el niño. Éso fue cuando nació. No había cunas como las de hoy. Hacían las cosas así: ponían un lacito amarrado donde se mecieran los niños, así es que los papás nomás los mecían desde sus camas. Y ahí estaba Alfredito, meciéndose.

Los Placencia eran pobres, muy pobres. También nosotros éramos pobres, pero mi papá era muy trabajador, y como que la fortuna le daba. Teníamos mucho en casa. Cosecha, mucha. Mucho ganado. Todo esto era corral, hasta allá abajo. Han salido cuatro casas de ese terreno. Decía mi mamá: “Aquí estaba el granado dulce en donde se sentaba el papá de él, don Ramón”. Se sentaba a remendar. Era sastre. A remendar pantalones y todo.

Mire, aquí todo esto era el corral de los becerros. Había vacas, una allá, otra acá, otras por allá. Vacas, seis u ocho. A los becerros los encerraba aquí o allá. Ah, y puercos. No, si esta casa estaba llena de turicatas.¹ No había separación de la casa de ellos y lo demás. Todo era un corral.

Cuando los Placencia, yo estaba muy chiquita, aquí era su casa. Cuando Alfredo era estudiante, venía y llegaba aquí de visita, con nosotros. Me acuerdo perfectamente. Nosotros les dábamos todo, porque todo había. Qué comer, lo que querían. Mi papá así era. Nos tenían muy abastecidos. Por botes de manteca, costales de harina, de dulces, de azúcar. Para que hiciéramos nosotros todo lo que quisiéramos. Así que nosotros diario andábamos haciendo pan, esquite, ponteduro, pinole. Ya ve, ya ve. De chiquillo, me acuerdo que llegaba el padre aquí y se asomaba. Llegaba mi papá y decía: “Este muchacho tiene hambre. ¡Métnalo!”

Cuando Alfredito se fue a estudiar yo me imagino que ya iba

¹ Turicatas: garrapatas.

grandecito, como de quince años, diez, doce, por ahí. Porque ya después venía de estudiante, yo estaba más grandecita y me gustaba verlo porque era muy simpático. Era chatito, con un color rosa, así de esos bonitos, de éstos pero muy bonitos. Y me gustaba verlo: “Ay, mírenlo, qué simpático”. Tenía un hermano que era soldado, Higinió, era ése su don. Y una hermana que murió como santa, Cristina.

Ya que se ordenó, todavía venía el padre Placencia. Pero su primera orden, o una de las primeras, se la dieron en un pueblito: San Gaspar de los Reyes. Entonces él venía aquí con nosotros. Y nos platicaba de las costumbres tan pésimas de San Gaspar: “Ay, ahí hay gente bruta que necesita de veras bautizarse. Salen los Viernes de Cuaresma con unas bateas de conservas. Vestidos con unos chemales –unos que se usaban con los pantalones hasta aquí– y bailaban. Bailando llegaban a las casas de las personas:

Señor san Isidro Labrador,
padre putativo de Jesús, María y José,
nomás un jalón te faltó
para ser virgen y madre de Dios.

Éso nos platicaba el padre. Qué cosa tan hereje. Herejías... pos sí. Nomás que los confesó el padre. “Señor san Isidro Labrador...” Y baila y baila. Luego les daban el plato de conservas. Imagínese lo. Cantando en Cuaresma. El padre nos lo enseñó. El padre Placencia. No se me olvida.

Venía, sí, de San Gaspar, con mi papá, a mi casa, porque éramos diez de familia. Era una bola de gusto. Pero en nuestra casa, no en la calle. Sólo de eso me acuerdo. Nomás de cuando estuvo en San Gaspar. Ya después no, ¿para qué voy a decir más? Pero, de San Gaspar ya venía padre. Muy simpático que era el padre. Muy simpático, lo estoy viendo. Como estarlo viendo... Se parece al padre que cantó la misa ahorita: chatito, de los salesianos. Un chatito simpático de un color muy bonito. ¡Me gustaba verlo! Por tan simpático.

Aquel granado, el de su papá... Debajo del granado se ponía. El

del pozo. Es el que tumbaron. Estaba junto de ese granado que está en mi casa, mírelo por encima de la barda, allí. El granado agrio y el granado dulce.

Don Ramón se fue a Guadalajara. Ya ve que la pobreza trae muchos pensamientos: “A ver si allá puedo hacer fortuna. A ver si acaso yéndome a Guadalajara”. Muchos se van. Y a unos les va bien y a otros mal.

SEGUNDA PARTE DESTINOS SACERDOTALES*

NOCHISTLÁN (1899-1903)

Nochistlán es otro de los pueblos cuyas riquezas —y por consecuencia, su población— descendieron desde la época en que Placencia ejerció allí su ministerio. Hay un modesto soneto, obra juvenil de circunstancia, que titula “Nochixtlán” y dedica a *José de Jesús Ortiz*, arzobispo de Guadalajara.

Busqué por todo Nochistlán y no encontré sobrevivientes que recordaran al poeta, quien al llegar tenía sólo veinticuatro años y cumplía un temprano destino sacerdotal. Busqué en el libro de gobierno en la notaría y no existe noticia de su arribo. Placencia firma su primer acta de bautizo el 1º de octubre de 1899 y permanece en este poblado hasta principios de 1903.

SAN PEDRO APULCO (1903)

Uno de sus primeros destinos fue San Pedro Apulco, a donde llegó el 3 de febrero de 1903; en este sitio permaneció hasta el mes de mayo. La orden que dispone su traslado a Bolaños se firmó el 6 de

* Cronología de estancias: Nochistlán, Zacatecas (15 de octubre de 1899); San Pedro Apulco, Zacatecas (3 de febrero de 1903); Bolaños, Jalisco (mayo de 1903); San Gaspar de Jalostotitlán, Jalisco (28 de octubre de 1903); Parroquia de Jesús, Guadalajara (26 de diciembre de 1904); Amatitán, Jalisco (15 de noviembre de 1906); Ocotlán, Jalisco (8 de marzo de 1910); Portezuelo, Jalisco (28 de julio de 1912); Jamay, Jalisco (10 de agosto de 1913); El Salto de Juanacatlán, Jalisco (14 de marzo de 1914); Acatic, Jalisco (17 de noviembre de 1916); Tonalá, Jalisco (18 de mayo de 1918); Atoyac, Jalisco (24 de enero de 1920); San Juan de los Lagos, Jalisco (17 de julio de 1921); Valle de Guadalupe, Jalisco (21 de agosto de 1922), Penitenciario del Sagrario Metropolitano de Guadalajara (diciembre de 1922); destierro en Fillmore, California, de ocho meses y en Santa Paula, California (16 de septiembre de 1923); regreso a Guadalajara (18 de septiembre de 1924); Long Beach, California, durante 2 meses y 11 días (principios de 1928); enfermedad de dos meses en el sanatorio de Antigua Guatemala (1928); destie-

abril de ese año; el arzobispo de Guadalajara dispuso que el sacerdote se dirigiera a Bolaños para ayudar al cura Francisco Hernández. Medio siglo después no localicé contemporáneos de Placencia entre los lugareños.

BOLAÑOS (1903)

Placencia estuvo en Bolaños de mayo a junio de 1903. Población árida, pétrea, lo hace sufrir su soledad que identifica con la del pueblo serrano. Nada queda de su paso por la zona, como no sean dos poemas, “Bolaños” y “Los lloros juntos”.

SAN GASPAR DE JALOS (1903)

María Cruz Becerra

El padre Placencia era de mediana estatura, no grande, no chaparro, gordito. Blanco. Muy generoso. No era enojoncito, al menos en el tiempo que yo lo conocí nunca nos regañaba. Cuando llegó estaba nuevecito. Se veía pobre, no de a tiro de a tiro, como de mediana condición. Yo todavía no tenía la edad para ser Hija de María en ese tiempo. Yo no hice la primera comunión con él; la hice con el padre Ausencia, estaba yo chica, de seis años; cuando vino el padre Placencia yo ya había hecho la primera comunión. Venía con su mamá, creo, una señora, no me acuerdo cómo se llamaba. Pero sí la conocía, porque nomás ella venía; no le conocí papá. Chaparrita, redondita; bueno, de cuerpo regular, no tan chaparrita. De cara un poco redonda. Creo que Chonita se llamaba. Muy generosita, quién sabe, poco la frecuentábamos. Había doctrina, la daban varias señoritas. En esa época no nos daban regalos, ahora sí les dan, entonces no. Entonces nomás eran muy atentas.

Nunca fui a la casa del padre Placencia. Pos nomás salíamos de rro en Usulután, República del Salvador (1928); San Pedro Tlaquepaque (6 de julio de 1929); muerte en Guadalajara (20 de mayo de 1930).

misa y nos veníamos al barrio. Vivían mis padres entonces. San Gaspar era un pueblo muy pobrecito: jcales con órganos toda esta calle.

Estaba otro señor, el padre Ausencia que se llamaba, un delgadito. Enseguida vino el padre Alfredo. Una calle así, larga, larga, llena de zacate. Sacaban en procesión a Nuestro Señor cuando era Semana Santa, desde por allá de aquella calle. El templo estaba en compostura. Ahora ya está mejor, lo han compuesto más los sacerdotes. El de entonces, me acuerdo que era así, de techito de ladrillo. Ah, todavía no venía el padre Alfredo, era el padre Ausencia que a la parroquia le puso ladrillito, tanto que había muchos de esos ratones feos que les dicen... Muy sucio allí. O la gente sería más pobre o no le hacían más lumbre que activara. Ora está tantito más de verse. El templo era una casita así como ésta. La azotea de ladrillito arriba, nomás. Después lo quitaron y le pusieron una cúpula de unos cantaritos que están boca abajo todos.

Yo no le conocía a nadie más que a su mamá. Sí, me confesaba con el padre Placencia. A mí se me figuraba que sería bueno, yo estaba chica... no tan chica.

Petra Valdés Villalpando

Ah, pos sí me acuerdo de él. Pos gordo, no mucho, no como usted, usted está más. Donde iba muy de seguido era con mi abuelito, el papá de mi mamá, y tenía un retrato grande, todavía debiera yo de tenerlo, pero cuando la Revolución, cuando mi abuelito estaba allá en un rancho, llegaron los pelones... El padre Placencia era muy amigo de mi papá grande, era abastecedor, segador de frutos. Se llamaba Feliciano Villalpando. Cuando estuvo en Temaca sí vino dos veces aquí, a la casa. Pero pos no, ya muerto, no, no... Mire si uno debió cuidar las cosas... Más bien estando enfermo, dos veces vino de Temaca. Hasta a mi papá grande lo llevó y allá duró quince días con él.

Sí, el padre era muy alegre. Bromista. Con mi papá grande se llevaba muchísimo. Un día le dijo: "Ándale, Chano, tírese un balazo". Y luego le dijo mi papá grande: "No, yo no; yo no ando tirando balazos", y se fueron allá a ver si hallaban conejos, y se tiró un bala-

zo. Luego dijo mi papá Chano: “Ahí está su pistola, yo para qué la quiero”, y la tiró para otro lado. Luego él fue: “Ándale, levántala; a poco la levantas con un palito”. Era muy bromista con él. Pero no, como le digo, de todo pos ya no me acuerdo. Luego, cuando estaba aquí, yo todavía estaba muy chica. Después vino dos veces de Temaca. Cuando se llevó a mi papá grande, lo vino a traer. Venía a caballo.

San Gaspar, cuando vino el padre, tenía unas dos o tres casillas allá. Por las orillas había jacales. Cuando vino él yo creo que sería pobre; era huérfano, nomás tenía mamá. Vino aquí su mamá. A doña Chonita sí la conocí. No le sé decir cómo era. Soy mala fisonomista. Ni de su trato, no me acuerdo nada de ella.

Yo iba al catecismo. Nos lo daba una señorita. Se llamaba Manuela Ríos. Pero el padre no. Al padre le gustaba como endenantes: le gustaba tirar balazos. De cacería. Eso sí le gustaba.

Llegué a ir a su casa de aquí. Tenía una librería grande. Se me hacían muchos libros. Visitaba a todo mundo. Fuera quien fuera. Y salía platicando con todos. Allá en el rancho sí iba, a Santa Isabel, a donde vivía mi papá grande. Su rancho.

Sé que era poeta. No me ha platicado nadie que le haya dejado algo suyo. No se fija uno de chico. Y luego ya hace mucho, y no estuvo tanto. Luego se fue y vino el padre Silvestre, o no, el padre Padilla. También el padre estuvo allá en Temaca, ¿verdad?

Un hombre en la tienda

Yo soy de 1892. El padre Ausencia estuvo aquí en 1900, hizo el aniversario aquí. Yo tenía ocho años, poco me acuerdo de él, pero después sí, ya tenía yo los trece o catorce años cuando estuvo aquí el padre Alfredo, señor Alfredo Placencia. Éste fue el siguiente de don Ausencia, porque aquí no había padre, ni de catedral siquiera. El padre don Ausencia fue el que vino aquí por primera vez.

El padre Placencia era un chaparrito, gordito. De la estatura suya, sí. Era gran amigo de don Feliciano Villalpando. Don Feliciano era un hombre vulgar, un hombre ranchero, mal hablado, que usaba la maledicencia como qué. Nomás que era un hombre caritati-

vo también, eso hay que ver. Ese hombre aquí pa San Gaspar dio casi todo lo que tenía.

En 1903, el padre Ausencia fue el que hizo la primera bóveda. El padre Placencia trabajó en el templo. Cómo no, si todos estuvimos trabajando aquí. Yo entonces venía a trabajar metiendo mezcla abajo, en los cimientos. No, qué albañil ni qué nada, me metían a escarbar cimientos y con unos varejones largos a meter entre las piedras la mezcla, ¿verdad? Entonces no se usaba cemento ni se usaba nada, pura cal y mezcla.

El padre Placencia se veía más bien gente humilde, pero yo no lo sé; cómo le voy a dar un detalle que yo no sé. Se veía más bien que era gente humilde. No diré que sería muy pobre, pero... de esos hombres ninguno es pobre. Esos hombres son como los gatos, donde quiera caen parados. Todos. Desde el más seminarista. Ya se pone una batita negra y “Válgame Dios, es el padrecito”, aunque no sea nada. Por eso le digo que esa gente así es, la avientan y cae parada.

Organizó una música aquí, quiso organizarla pero no tuvo tiempo. Aquí había muchos muchachos que empezaban. Ya murieron: el difunto Genaro Gutiérrez pues ya murió en su cuerpo, que fue el que encabezaba; y otro que le decían... no me acuerdo, se llamaba don Luisito. Y éstos eran los que encabezaban la música. Cuando yo ya me fui de aquí pos no le doy razón ninguna, ¿verdad?, pero sí, en 1902, en 1903, todavía estaba aquí. Como le digo, él nomás quiso organizar la música, pero siguieron los demás. Después vinieron otros y la organizaron de todas maneras, ya que se había ido el padre Placencia.

No era pueblo entonces, no señor, ni pa' qué imaginarse uno. No había diez casas. No había iglesia aquí, era una capilla, una troje como ésta que está enfrente; con madera como ésta, mire, pa' acabar pronto.

No tenía bóveda. Una sola pieza chiquita. Y después que vinieron el padre don Ausencia y el padre don Alfredo, de allá de aquella parte trajimos la piedra que toda está puesta ahí, porque allá era una iglesia grande, vieja ya, no tenía techo ni bóveda, nomás muy grande, era de una calle a la otra, para hacer ésta. En 1901 se hizo la pri-

mera bóveda de la sacristía; ahí está marcada por cierto todavía a espaldas la fecha. Y en 1902 y en 1903... Yo creo que el padre don Alfredo estuvo aquí a fines de 1902. No estoy seguro de la fecha porque en esa época ni yo ni nadie teníamos la precaución ni siquiera de apuntar porque no sabíamos; nadie sabía apuntar un número, pa' acabar pronto.

Hice la primera comunión con el padre Ausencia. Yo me arribaba aquí por lo menos cada año. Porque yo no vivía mero aquí en San Gaspar, yo vivía en un rancho que está aquí cerca: Tateposco. Por eso es que me doy cuenta de que aquí estuvo y era íntimo amigo. Entonces le gustaba jugar volados con los chamacos para que agarraran centavos. Adrede les llamaba: "Anden, muchachos, a ver quién gana más". Salía a la calle a jugar, a divertirse.

No era ni muy serio ni muy alegre, una cosa regular. Un hombre de gente humilde. Entonces nos juntaba a todos, risueño con nosotros, claro; pero era serio. Porque esos hombres, de todas maneras tienen el sistema de ser serios y cordiales con todo el mundo. Válgame que si era bueno.

Ahí vivía en el curato, estaba un cuartito que ahora ya es un salón grande. Anteriormente era un cuarto nomás para los sacerdotes. Y ahí vivía. Todo lo demás eran caballerizas, eran corrales horribles. Entonces, se puede decir, no había curato. Eran puros escombros. En ocasiones estuve ahí, en ejercicios.

Otro hombre

Conocí a doña Chonita, anciana, ya maciza. Blanquita. Aquí nunca se enojó el padre Placencia, no señor. Un hombre humilde. Hubo muchos que se superiorizan, que quieren sobajar a la persona. Pero no, ése no. El padre Ausencia era una gente humilde, una gente bien llevada. Y el padre Alfredo también; nunca se le notó nerviosidad. Porque hay entre los sacerdotes, hasta en eso se malicia luego luego... En una confesión con un sacerdote se conoce si es nervioso o no. Al padre Alfredo nunca le notamos, digo, yo nunca le noté ningún alteramiento.

CAPILLA DE JESÚS DE GUADALAJARA (1904-1906)

La primera sorpresa que me encontré en las actas de bautizo de la capilla de Jesús fue que Placencia fue precedido por el presbítero José Isabel García, con quien tendría dolorosas dificultades en 1922, durante su estancia en Valle de Guadalupe. Podemos sospechar que tal vez hubo entonces la premonición de futuros distanciamientos, aunque hoy resulta difícil ir más allá de meras suposiciones.

Según las actas de la Capilla, hay registro del padre desde el 4 de diciembre de 1904 hasta el 15 de octubre de 1906. Por un oficio eclesiástico, sabemos que el padre llegó a esta capilla luego de ser notificado en noviembre de 1904. De la misma manera, existe un documento en el cual se dispone una breve suspensión a Placencia para cumplir con un encargo del arzobispo de Guadalajara. Fuera de estos documentos, no queda ninguna huella del paso del poeta por este sitio.

AMATITÁN (1906-1909)

La primera acta de bautizo firmada por Placencia en Amatitán, el 15 de noviembre de 1906, fue la del niño Avelino Ibarra Tenorio; y finalizó su trabajo en el pueblo el 26 de noviembre, cuando firmó el acta de bautismo del niño Daniel Ontiveros Hernández. Después, hay varios documentos con un espacio vacío en el lugar de la firma de Placencia, lo que se debe quizás a que se levantaron las actas hasta después de su partida. El 31 de diciembre de 1909 está fechada la última.

La estancia en Amatitán, bajo la égida del señor Luis Navarro, cura de Tequila, le proporciona amistades literarias y reuniones culturales cada semana. En ellas, se leen poemas de Placencia y del superior religioso. Constituye uno de los destinos más amables en su vida. En este sitio escribe uno de los escasos poemas en que se manifiesta el sentido del humor, el cual desaparecerá para siempre. La protección de su superior y el interés en la publicación de una modesta revista son suficientes para que su vida se aclare. El humor, no

emparentado con el tema del dolor que caracteriza la poesía del poeta de Jalostotitlán, sale a flote en el poema “Viernes Santo”. Navarro solicitó en tres ocasiones a Placencia, quien estuvo bajo su jurisdicción, y esos tres destinos fueron para el poeta los más felices.

Es obvio que Placencia padecía en esta etapa una hipocondría que no deja de ser divertida: enfermó de la vista y tuvo la obsesión de una inminente ceguera. Consiguió entonces varios perros a los que logró adiestrar para que más tarde le sirviesen de lazarillos. Escribe entonces varios poemas (“Menelik, el buen perro”, “El gran perro de bronce”, “El perro del Sena” y “Meritísimos perros”).

Carlota Torres Ibáñez, viuda de Ortiz

Yo no era de las Hijas de María, mis hermanas sí. No me acuerdo de los años que duró, pero de él sí. Era muy listo y alegre y componía muchos versos. Yo tenía unos, pero en ésas que anda uno pa’ allá y pa’ acá... y luego dice uno: “Pos se perdieron”. Unos versos que compuso a las Hijas de María. Era muy afanoso en la música. Les ayudaba a tocar a los músicos. No me acuerdo qué instrumento tocaba. Ya ves que no se fija uno. Entonces estaba un maestro que se llamaba Filogonio Gómez, muy listo. Tenía su música muy bien ordenada y a él le gustaba mucho acompañarlo. Nomás que no me acuerdo qué instrumento tocaría él. Filogonio era el director de la música. Tocaba allí en la plaza. Había un kiosco muy bonito y allí tocaba la música en la serenata, como se acostumbra a veces, cada ocho días. A él le gustaba tocar. Y les componía muchos versitos.

El padre no era muy alto. Era un poco ponchadito, pues, gordito. De carita redonda. Ojón, ojo grande, cejudo. Constancia, mi hermana, lo tenía también retratado solo. No vive. Murió de ochenta años, hace diecisiete, dieciocho años. Yo ando en ochenta y dos.

Le gustaba organizar lo de las Hijas de María. Y sus cosas que les toca ahí en el templo. Era muy asistente allí. Muy listo. Aquí él era la única gente que escribía versos. El poema que escribió a las Hijas de María hablaba de la Santísima Virgen y de las obligaciones de ellas y el comportamiento que debían tener, ¿verdad? Y asisten-